

Profesión y vocación
en el proyecto de vida
de un traductor

Leandro Wolfson

Profesión y vocación en el proyecto de vida de un traductor

“El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado.”

Marcos 2: 27, Biblia de Jerusalén

“Comienzo a escuchar las enseñanzas que mi sangre murmura en mí.”

Herman Hesse, *Demián*

Las dos palabras que inician el título de esta ponencia, ‘profesión’ y ‘vocación’, son las dos caras de una moneda cuyo valor pretendo sopesar aquí en su conjunto, porque si se elimina una de esas caras la moneda desaparece; para hacerlo, me ocuparé, alternativamente, primero de una de esas caras, y luego, de la otra. Les ruego, entonces, que me concedan el beneficio de un tiempo para exponer ambas facetas, hasta que al final tal vez podamos, entre quien habla y ustedes con su escucha y sus preguntas, reunir las en una totalidad.

Voy a traducir un texto. Es un artículo sobre un tipo de terapia familiar que se viene aplicando en Nueva Zelanda desde hace algunos años. Se llama *“Just Therapy”*. Se publicará en una revista cuatrimestral argentina de la especialidad.

El artículo es interesante. Me anuncia de las dificultades con que se enfrentan los terapeutas que trabajan con comunidades étnicas pobres de Nueva Zelanda (los maoríes, los samoanos). Señala el desdén que muchos terapeutas occidentales tienen respecto de la espiritualidad de las culturas no occidentales y del papel que ésta cumple en la vida de la gente.

El artículo me plantea algunos problemas conceptuales y terminológicos, pero, en general, siento que puedo traducirlo razonablemente bien. Además, sé que mi traducción será revisada por un especialista. Espero con ansia recibir esa revisión; me confirmará si mi labor ha sido útil, si mi texto se deja leer y, al mismo tiempo, las correcciones que se me hagan me señalarán mis falencias y aumentarán mis conocimientos y mi base de datos.

La situación no es nueva para mí. Traduzco para esa revista hace varios años. No es mucho lo que me pagan. Sin embargo, no cambiaría este trabajo por ningún otro. A menudo me pregunto por qué.

¿Por qué me gratifica realizar esta tarea? En términos más generales, ¿por qué nos gratifica traducir?

En un artículo anterior traté de desmenuzar el asunto enumerando los diversos elementos que contribuyen al placer de traducir.¹ Es evidente que en mi caso no está relacionado con la paga. He rehusado muchos trabajos bien remunerados que por diversos motivos no me brindaban ese placer, y en cambio nunca me niego a aquellos que pueden brindármelo, más allá de que la paga sea insuficiente o, a veces, ridícula.

1- “El placer de traducir”, en *Idiomanía*, año 4, N° 43, diciembre 1995, enero 1996, pp. 6-10.

El placer de traducir, por lo que pude comprobar en mí mismo, está vinculado con estos heterogéneos elementos.

1) *El desafío de lo realizable*. No todos los desafíos nos estimulan. Si se nos propone un problema o una tarea que desborda por completo nuestras capacidades o posibilidades, en lugar de estímulo sentimos impotencia y palpamos, quizá dolorosamente, nuestras limitaciones. Claro que esto puede sucedernos también con una propuesta de traducción, pero la mayoría de las veces prevalece la sensación de poder. El acicate es como el pinchazo de una astilla que se hubiera clavado en nuestra mente. ¡Eso no puede quedar así, hay que sacárselo de adentro! Sin embargo, a diferencia de la astilla, el pinchazo de la traducción es placentero y rinde un fruto aprovechable.

2) *El goce humilde del aprendizaje*. El traductor puede trocar cada dificultad que se le presenta en una saludable y bienvenida oportunidad de aprendizaje. Entonces el traducir se convierte, como toda actividad bien encarada, en un curso de educación permanente, ya que es muy improbable que un texto, cualquier texto, no nos enseñe nada nuevo.

3) *La pasión de detective*. La dilucidación de los enigmas que presentan los textos, hasta desmenuzarlos en su íntima trama, tiene el mismo sabor que nos daban de adolescentes las novelas policiales de Arthur Conan Doyle, Agatha Christie o S. S. Van Dine. Cada pista discernida produce un pequeño disfrute, y la acumulación de estos mínimos goces va enhebrando un collar placentero hasta que uno llega a una solución satisfactoria del enigma del texto en su totalidad.

4) *La recreación*. Apresado que hubo el sentido del mensaje original, el traductor está en una situación particular, en una soledad acompañada por su propio idioma interno, por la multitud de palabras que lo habitan y lo constituyen, y que en esta instancia es como si se reactivaran a un ritmo febril, urgente, inquisitivo. Cada término del original despertará el acervo semántico que llevamos a cuestas de un modo latente y virtual, hasta sacar de ahí el término preciso que necesitamos y que volcaremos en la traducción. La extraña, todavía misteriosa² reverbalización interna del discurso desvestido de su forma original, proceso en el que intervienen complejísimo mecanismos cerebrales, es una ocasión para palpar la maravilla de ese mundo idiomático interno, invisible pero real, del cual salen, como el genio de la lámpara de Aladino, las palabras que invocamos.

5) *La belleza de la fidelidad*. Milan Kundera escribió: "Una traducción sólo es bella cuando es fiel. Es la pasión por la fidelidad lo que distingue al traductor auténtico".³

El texto original nos impone límites concretos. El traductor es un escritor delimitado. Ésta es una segunda humildad, la que nos obliga a frenar nuestro impulso recreador, azuzado por la etapa anterior. Kundera mediante, ya sabemos que en esto radica el regocijo de nuestra labor artesanal: vehiculizar, con nuestra palabra, la palabra del otro. Recuperamos así la hermosa praxis de utilizar únicamente la libertad necesaria.

2- Digo 'misteriosa' porque la psicolingüística todavía no parece haber encontrado la explicación definitiva de este fenómeno. Su complejidad puede apreciarse bien en Roger T. Bell, *Translation and Translating: Theory and Practice*, Londres y Nueva York, Longman, 1991.

3- Milan Kundera, "Traducción y pasión por la palabra", en *Gaceta de la Traducción*, Nº 1, 1993, p. 78.

6) *Reconocerse en el lenguaje propio*. Cuando completamos nuestra primera versión y nos disponemos a hacer la revisión final, vemos que donde antes no había nada en el papel, ahora hay un texto que nos pertenece. Por más que sea réplica o simulación de un texto ajeno, la traducción es incuestionablemente un producto creado con nuestras propias palabras. Por más que el traductor se empeñe en resultar 'invisible', ese producto lo invita a reconocerse en su lenguaje peculiar, en su idiolecto; a veces, incluso, en una forma particular de escribir que no puede disimular.

7) *Verse con los ojos de otro*. Por otro lado, el hecho de que toda traducción se realice para un público receptor, conocido o desconocido, le da al traductor –como a cualquier escritor– la posibilidad de extrañarse de sí mismo e incorporar la voz imaginaria de un interlocutor válido. Al revisar su texto, lo hará con los ojos que leerán su traducción. Procurará adaptarse a las necesidades y apetencias de sus receptores, con una actitud generosa de servicio que realza aun más, ante sus propios ojos, el valor de la tarea.

8) *La cadena comunicativa*. Finalmente, la última dicha que depara el traducir tiene que ver con su función en la cultura y en la relación entre los seres humanos. El traductor sabe que cumple un papel indispensable, más allá de que le toque traducir una gran obra literaria o un texto pragmático circunstancial. Se sabe parte de una cadena de transmisión de las creaciones culturales que viene desde muy lejos, y que no sabemos hasta dónde llegará.

Estos ocho elementos componentes del placer de traducir son, en la mayoría de los casos, independientes de la materia o texto. He obtenido mucho placer con largos tratados de economía cuyas formulaciones matemáticas por cierto no me apasionaban: era el placer de lograr hacer un buen trabajo, de mejorar, incluso, si era posible, lo hecho antes que yo en esa disciplina, o de aportar a su mejoramiento futuro. He obtenido placer con textos religiosos o filosóficos de doctrinas que no comparto. Lo he obtenido con complicados textos técnicos de alguna especialidad, cuyas argumentaciones muchas veces me sobrepasaban, pero de los que tomé elementos para mi cultura general, textos con los que puse a prueba mis técnicas de traducción o mi velocidad y que me permitieron ampliar mis glosarios para un uso futuro.

Es curioso, pero no he encontrado casi artículos o libros destinados a traductores que se ocupen del placer de traducir.⁴ Por el contrario, los dedicados al desarrollo profesional del traductor abundan cada vez más.⁵

Para abordar el tema de nuestra profesión, tal vez deberíamos empezar por preguntarnos: "¿Qué es un traductor?". Imaginen que yo pidiera que levantasen la mano, entre los asistentes a esta charla, los que son traductores. Algunos, desde luego, lo harían de inmediato; otros vacilarían por diversos motivos. Los intérpretes, en primer lugar, se preguntarían si están incluidos entre los traductores; obviamente, claro que lo están si atendemos a una acepción laxa de la palabra; en un sentido

4- Una honrosa excepción es Douglas Robinson, *Becoming a Translator*, Londres y Nueva York, Routledge, esp. la sección titulada "Enjoyment", pp. 40-44.

5- Basta revisar los títulos de las ponencias que se dan a conocer en los principales congresos internacionales, o de los artículos publicados en revistas como *Babel*, *META*, *ATA Chronicle*, *Language International*, etc.

más estricto, en cambio, constituyen un subgrupo de una comunidad más amplia, y sus conocimientos y habilidades, regímenes de trabajo habituales, formas de perfeccionamiento y búsquedas de empleo pueden diferir notoriamente de los de un traductor *stricto sensu*. Pero otros asistentes a la charla tendrían cuestionamientos más serios. Los alumnos de escuelas de traducción ¿levantarán la mano? Los graduados recientes que aún no han trabajado mucho en este campo ¿levantarán la mano? Los que han trabajado un poco pero no tienen título ¿levantarán la mano? Los que hacen de vez en cuando alguna traducción para los amigos o para su propia satisfacción personal, pero no tienen intención de ganarse la vida con esta práctica ¿levantarán la mano?

En un congreso de traductores e intérpretes realizado en la Facultad de Derecho en 1993, y en el que participé, dos colegas argentinas planteaban esta diferenciación muy claramente en su ponencia. Allí decían: “Hay que establecer una clara distinción entre los que tienen título de traductor, los que saben traducir tengan o no título de traductor, y quienes ejercen la profesión y se ganan la vida traduciendo”.⁶ Y agregaban que las instituciones que se dedican a formar traductores tienen que tener como objetivo “formar personas que sepan traducir y que sepan ejercer su profesión”.

Voy a contarles una experiencia reciente.

El año pasado, coincidentemente, dos alumnos avanzados de escuelas de traducción me pidieron que respondiera una serie de preguntas referidas a la vida profesional. En ambos casos, era para cumplir con un requisito de la materia “Panorama profesional”, dictada en el último año de estudios de sus respectivas carreras (aclaremos que no eran alumnos de la misma escuela). La primera persona, una chica a la que llamaré María, me ‘descerrajó’ un cuestionario de 32 preguntas, dividido en cinco capítulos: “1. Formación”, “2. Inserción laboral”, “3. Trabajo actual”, “4. Clientes” y “5. Recomendaciones y sugerencias”. He aquí algunas de las preguntas:

- ¿Qué piensa de la formación que tuvo? ¿Qué diferencia encuentra entre la formación académica que tuvo y la realidad del mundo laboral?
- ¿Cómo se insertó en el campo laboral? ¿Cuándo empezó se sintió poco capacitado o lo hicieron sentir así? ¿Qué dificultades tuvo que enfrentar en la búsqueda de empleo o en la realización de sus primeros trabajos?
- ¿Cree que es más conveniente especializarse en un campo o no? Si se especializa, ¿qué hace para mantenerse actualizado?
- ¿Cuántas horas por día se dedica a traducir?
- ¿Qué hace cuando se encuentra con algo que no sabe cómo resolver y no tiene a quién preguntarle? ¿Qué importancia tiene Internet para el traductor?
- ¿Cómo se consiguen los contactos? ¿De qué depende que el cliente quede satisfecho con el trabajo? ¿Qué tipos de clientes resultaron difíciles? ¿Por qué?
- ¿Desea agregar algo más?

6- Olga Álvarez y Julia Benseñor, “El traductor científico-técnico y el literario: entre el enciclopedismo y la especialización”, Exposiciones y conclusiones, II Congreso Argentino de Traductores e Intérpretes, Buenos Aires, pág. 39, 3-5 de noviembre de 1993.

Como vemos, las preguntas eran pertinentes e interesantes. Todos los que estamos en esto desde hace años nos hemos hecho esas preguntas en secreto, o se las hemos hecho tímidamente a algún colega experto si por casualidad lo tuvimos cerca.

María pretendía que yo le contestara el cuestionario de 32 preguntas en dos días; se había demorado en prepararlo y no me podía dar más tiempo. ¡Fue el plazo más perentorio que me fijaron en toda mi carrera! Obviamente, no pude hacerlo. No me gusta dar respuestas apresuradas, y las preguntas de María me obligaban a repensar gran parte de mi evolución profesional.

Por su lado, el otro alumno de traducción, a quien llamaré Juan, me acercó un cuestionario similar, sólo que más breve. Esta vez yo disponía de más tiempo. Acordamos que lo más práctico sería reunirnos delante de un grabador y desarrollar el temario a modo de reportaje. Fueron casi tres horas de charla, y no agotamos todos los temas. Juan editó el material y me lo envió para que lo revisara. Hizo una estupenda síntesis para presentarle a su profesor de la materia "Panorama profesional", y además pudimos ofrecer el reportaje para su publicación en una revista de plaza.⁷

Cuando estas dos experiencias pasaron, me di cuenta de algo que me sorprendió: ni en el largo cuestionario de María ni en el cuestionario original de Juan había *ninguna* pregunta referida al placer de traducir. Si este tema no hubiese salido en la charla informal que tuvimos con Juan, no se habría tratado.

Si bien la experiencia no era estadísticamente significativa, me dejó con la sensación un poco amarga de que los futuros traductores no se interesan demasiado por lo que pueda causarles placer, o por la forma de lograrlo.

Esta experiencia me llevó a replantearme, y a proponerles que se replanteen, qué entendemos hoy por 'desarrollo profesional'. Estoy muy lejos de suponer o sugerir que las preguntas de María carecen de importancia. Yo soy el primero –y en mi charla con Juan lo manifesté con claridad– en destacar que los alumnos de las escuelas de traducción deberían ser preparados para abordar las realidades de la vida profesional. Los egresados de las escuelas argentinas, aun de las mejores, no parecen recibir esa preparación. Se diría que el propósito excluyente de dichas escuelas es formar traductores que viertan en forma impecable, si no perfecta, un texto breve. Son los textos que se ven en las materias de práctica de la traducción y se toman en los exámenes. No se habla mayormente de la velocidad que debe alcanzar el traductor. Hay muchos que, ya graduados, no saben todavía si pueden traducir 100, 500 o 1.000 palabras por hora. ¿Y cuántas podrán traducir en un mes o en un año de trabajo ininterrumpido? ¿Cuántos saben si tendrán resistencia, paciencia, fervor suficientes como para seguir traduciendo así mes tras mes, año tras año?

A eso debemos agregar las dificultades para presupuestar una traducción en las mil y una situaciones concretas que pueden presentarse en la vida laboral; o para llevarla a buen puerto cuando no se dan las condiciones de trabajo ideales; o para mantenerse a tono con el ritmo vertiginoso de avance de las herramientas informa-

7- "Leandro Wolfson: simplemente traductor", entrevista de Gastón Rodríguez, en *Idiomanía*, año 9, N° 1, enero-febrero de 2001, pp. 10-13.

ticas; o para no quedar desactualizado en lo tocante a los avances terminológicos de la especialidad que se ha elegido. Como vemos, no son pocas las cosas que un traductor en germen o novato deberá conocer, todas ellas necesarias si quiere llegar a ser un 'profesional' de la traducción, alguien que se gana la vida con ella como actividad fundamental.

Pero ahora vuelvo a mi inquietud del comienzo. Suponiendo que, con mejores programas curriculares o con cursos y talleres suplementarios hayamos aprendido todo eso, ¿seremos entonces capaces de gozar más de nuestra actividad, a punto de no querer cambiarla por ninguna otra?

En el mundo actual, la globalización, el avance de la técnica, la rapidez de las comunicaciones, el aumento de la importancia de ciertos 'mercados' que no hablan las lenguas de los países dominantes en el mundo, han aumentado en forma geométrica la necesidad de la traducción. Como es lógico, esto llevó a un desarrollo también geométrico de las asociaciones profesionales de traductores e intérpretes. La finalidad y el deber de las asociaciones profesionales es mejorar el status de sus miembros (o sea, su prestigio o la consideración que les tiene la sociedad) y darles herramientas y medios para que se perfeccionen. En esta nueva etapa de la traducción, la etapa del desarrollo profesional, ¿hay lugar para la vocación?

Quizá sería útil hacer al respecto una breve excursión histórica y etimológica.

Las profesiones, directamente relacionadas con el auge de las universidades europeas a partir del siglo XII, tienen como éstas un origen eclesiástico. 'Profesión' viene del latín "*professionem*", que significa "declaración pública; promesa o voto hecho al entrar a una orden religiosa". En los comienzos de la Edad Moderna, las universidades de Oxford, París, Bolonia y Salamanca son los focos de las primeras artes liberales (la Teología, el Derecho, la Medicina). En Oxford, el genio de Roger Bacon sienta las bases de la ciencia experimental.

Pero ya estas artes liberales no eran –y lo serían mucho menos después– la "educación propia de los hombres libres", según su sentido clásico, "la educación para vivir más que para ganarse la vida", como quería Aristóteles, en una frase que muchos siglos más tarde repetirá Walt Whitman, insistiendo en que "vivir es más importante que ganarse la vida". Ambos aludían al cultivo de las facultades del alma que estaban destinadas a actividades valiosas en sí mismas (v. gr., la especulación científica o filosófica, la labor artística), por oposición a las actividades industriales o comerciales o a las puramente recreativas.

¿Qué pasó históricamente con la vocación? También ella tuvo un origen religioso que todavía hoy se mantiene en una de las acepciones de la palabra. 'Vocación' viene del latín '*vocatio*', 'llamado'. Durante siglos, el llamado de Dios fue el llamado por antonomasia, el que convocaba a unirse a la fe y a la predicación cristiana, a ejercer el sacerdocio. Traducimos la primera definición que da para el término '*vocation*' el *Oxford English Dictionary*: "Llamado de Dios a una persona para que ejerza cierta función especial u ocupe una cierta posición; influencia divina para dedicarse a una carrera definida, especialmente religiosa".⁸

8- 'Vocation', primera acepción, en *The Shorter Oxford English Dictionary on Historical Principles*, 3ª. ed., Clarendon Press, 1967, vol. II, p. 2367.

Pero a partir de Martín Lutero “surgió un nuevo concepto –dice Max Weber en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*–⁹ expresado por la palabra alemana “Beruf” [llamado, vocación], que aludía a la realización de una tarea moralmente obligatoria establecida por Dios [...] y dio, por primera vez en Occidente, un significado religioso a las actividades diarias y terrenales del hombre”.

Lutero, recordémoslo, actúa en el siglo XVI, en pleno desarrollo del mundo burgués. La sociedad y la vida diaria se apartan cada vez más de la religión, se secularizan. Surge gran variedad de oficios conectados con la manufactura y el comercio, el crecimiento de los burgos o ciudades, la exploración y explotación de las Indias, de África, del Nuevo Mundo. La idea del ‘llamado’, desligada de su connotación religiosa original, se asocia a una ‘carrera’ mundana que, con frecuencia, lleva a ocupar una posición social más encumbrada. La ‘vocación’ ya no es sólo sacerdotal: habrá también una vocación para el desempeño de las nuevas “artes liberales”.

En la Edad Moderna, la vocación es asociada decididamente a estas artes liberales, que se multiplican y especializan cada vez más, y van constituyendo un saber práctico dirigido a la conquista de la naturaleza y el progreso material: lo que solemos llamar ‘el avance de la civilización’. La vocación, que como vimos fue originalmente una palabra religiosa, se ha vuelto laica; el *Diccionario de la Real Academia* la define así: “Inclinación a cualquier estado, profesión o carrera”.¹⁰

En la segunda mitad del siglo XX, el abanico de actividades profesionales se despliega tanto que surge la necesidad de información, de asesoramiento, de orientación ‘vocacional’, como equívocamente se la llama. En el plano de lo que el joven puede hacer, de los cursos o carreras que el entorno le ofrece y de su engarce dentro de la realidad social, brindarle esta orientación no es tan difícil. El verdadero problema es la compulsión interior, el averiguar si tal o cual rumbo concuerda con lo que siente, con lo que busca, con lo que quiere ser. Este querer ser desborda con creces lo que se puede hacer.

“Ser fieles a nuestra vocación –decía Ortega y Gasset–, es ser fieles a nuestro ‘yo insobornable’”, como él lo llamaba. Debemos “hacer lo que hay que hacer”: lo que el ‘llamado’, si ya lo hemos sentido, nos impone. Nuestros actos concretos deberían surgir de ese yo auténtico, a menudo escondido, y no dejarse desviar por las normas convencionales, por ninguna de las muchas tentaciones que conducen a la falsificación de nuestra existencia. José Ferrater Mora, en su *Diccionario de Filosofía*, comenta: “Al ser fieles a la vocación somos fieles a nuestra propia vida, y por eso la vocación designa la autenticidad de cada ser humano.”¹¹

¿Será que a lo largo de la historia –y de la historia más breve de la traducción profesional– las vocaciones se pusieron al servicio de las profesiones, en lugar de ocurrir lo contrario? Con un enfoque puramente profesionalista, ¿no estaremos privando a nuestra práctica de su razón de ser histórica? ¿Habremos pasado del orden del deseo, como diría Jacques Lacan, al orden del dinero? En el camino que lleva a

9- Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 216.

10- ‘Vocación’, 4ª acepción, en *Real Academia Española, Diccionario de la lengua española*, 21ª edición, 1992, pág. 2102.

11- José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Buenos Aires, Sudamericana, 1958, p. 785.

la actividad traductiva como profesión rentable, ¿no nos habremos olvidado de nuestra vocación?

Enhebrando hilos de este desordenado artículo, digamos que la vocación se trasluce, se expresa, se manifiesta a través del placer que uno siente con la tarea. El placer de traducir es lo que puede indicarme que yo tengo vocación de traductor. El placer es el signo, el significante de la vocación que lo sostiene. Si no llego a experimentar ese placer en las muy variadas circunstancias que me depara esta profesión, tal vez sea preferible que busque encontrarlo en alguna otra actividad.

Por eso, pidiéndole nuevamente disculpas a María por no haber podido contestar su cuestionario a tiempo, y en la esperanza de que esté entre los presentes, voy a responder ahora su última pregunta: "¿Desea agregar algo más?".

Sí. Deseo agregar que desde aquel lejano día en que traduje un cuento de Jack London para una revista estudiantil, sin percibir por supuesto remuneración alguna; pasando por los poemas de Walt Whitman que traduje para mi propio regocijo sin pensar siquiera que quince años más tarde esas traducciones serían publicadas; y desde entonces las incontables páginas que traduje, bien o mal, para libros, revistas, congresos, empresas o sitios de la Web, todo ello no hizo más que ratificarme que había elegido bien mi proyecto de vida. Que volvería a elegirlo. Que a pesar de las dificultades económicas que esto pudo significar para mí y para mi familia, hubo algo que se cumplía en mí interiormente a lo largo de este largo camino. Algo más trascendente que los numerosos conocimientos y habilidades profesionales que debí adquirir. Si quieren, pueden llamarlo mi vocación.